

Quaderns de Filologia. Estudis Literaris. Vol. XI (2006) 205-217

CUANDO MUERE EL AMOR...

Bartolomé Segura Ramos
Universidad de Sevilla

Mecencio se ha retirado del combate (*Aen.* X 833 ss.), donde ha estado a punto de perecer. Su hijo Lauso le ha salvado la vida, pero a costa de morir él mismo a manos de Eneas. Su padre, Mecencio, aún no lo sabe. Junto a las orillas del Tíber lava sus heridas con agua, y se apoya en el tronco de un árbol. Lejos de él cuelga de unas ramas el yelmo, y la armadura descansa en el prado; le rodean jóvenes guerreros, a los que incesantemente pregunta por la suerte de su hijo Lauso.

Una y otra vez manda mensajeros para que lo traigan junto a él, refiriéndole los encargos de su entristecido padre. Pero a Lauso lo traen muerto sus compañeros de armas, derramando lágrimas; él, que es grande, ha sido herido de muerte con una gran herida (“¿Dónde vas a morir?” –le ha dicho Eneas (811)– “El amor a tu padre te hace vulnerable” (812). Pero Lauso persevera mientras las Parcas hilan sus últimos hilos. Eneas le hunde la espada y lo traspasa de parte a parte (816). “La vida de Lauso se marcha triste por los aires y abandona su cuerpo” (820).

El alma de Mecencio, presagiando el mal, reconoce de lejos los lamentos. Desesperado, el anciano cubre de polvo sus cabellos blancos, tiende ambas manos al cielo y trata de incorporarse. Dice:

¿Tan gran deseo de vivir se ha apoderado de mí, hijo, mío, que he permitido que aquel a quien he engendrado se haya expuesto por mi culpa al golpe del enemigo? ¿Yo, tu padre, subsisto por esas heridas tuyas y vivo gracias a tu muerte? ¡Ay, ahora sí que me ha llegado por fin, desgraciado de mí, el triste final, ahora sí que me han hecho una herida profunda! Además, he manchado tu nombre con mis crímenes (...) Mi alma culpable debería haber rendido ya. Sin embargo, estoy vivo y no abandono los hombres y la luz. Pero los abandonaré (846-856).

El viejo tirano etrusco se alza del suelo sobre su pierna herida y pide que le acerquen el caballo, orgullo y consuelo suyo, con el que salía vencedor de

todos los combates. También el animal se halla triste (*maerentem* –860–; cf. supra *maesti...parentis* –840–); su amo le dirige estas palabras: “Rebo, largo tiempo hemos vivido (si es que alguna cosa de los mortales dura largo tiempo); hoy traerás victorioso los despojos y la cabeza de Eneas y vengarás conmigo el dolor por la muerte de Lauso, o si no encontramos la manera de abrírnos camino, sucumbirás a la par que yo. Pues no creo yo, valiente entre los valientes, que te dignes soportar órdenes ajenas y a los troyanos por amos” (861-866).

El héroe etrusco monta en el caballo. Lleva en las manos sendas lanzas, su cabeza refulge en bronce y sobre el yelmo luce un airón de cerdas equinas. Su corazón rebosa de dolor y de locura. Tres veces llama a Eneas a gritos, el cual se alegra al detectar su presencia en el terreno de combate. “¿Por qué tratas de asustarme, cruel, después de quitarme a mi hijo. Era la única vía de perdición para mí, que ni temo a la muerte ni respeto deidad alguna. Déjalo ya, que vengo dispuesto a morir” (878-882).

Empieza el juego de la muerte; carreras y giros hacia acá y hacia allá; espera paciente de Eneas, hasta que alcanza al caballo de Mecencio entre las cejas. El animal se alza de patas y bate el aire con las patas; al final, se derrumba sobre el jinete: troyanos y latinos alzan el griterío. Eneas se jacta de su inminente victoria, y se burla del caído. El tirano etrusco le interpela: “Amargo enemigo, ¿por qué me increpas y amenazas de muerte? Nada sacrílego hay en matarme, ni con esas condiciones he venido a pelear, ni mi hijo Lauso ha pactado contigo semejante acuerdo. Pero quiero pedirte una cosa, por si los enemigos vencidos merecen el perdón: deja que entierren mi cuerpo y que comparta con mi hijo la sepultura”. Y así hablando, ofreció su cuello al enemigo y encajó el tajo de la espada, y sobre ella abandonó el alma en un río de sangre.

Damón canta (*Égl.* VIII 17-61) una historia de amor contrariado:

Trae, Luzbel, el día, mientras me quejo por el amor frustrado de Nisa y, aunque de nada me sirvió su testimonio, hablo por última vez a los dioses en la hora de mi muerte.

El monte Ménalo siempre tiene bosques y pinos parlanchines, este monte escucha siempre los amores de pastores y al dios Pan.

Van a entregar a Nisa a Mopso: ¿qué no hemos de esperar los enamorados?

Ay, esposa que te unes a un varón digno y que desprecias a todos, odiando como odias mi flauta, mis cabras, mi entrecejo hirsuto y mi larga barba; creyendo que a ningún dios importan los asuntos de los hombres.

Ay, niña amada: en mi jardín te vi de chiquita cogiendo con tu madre manzanas cubiertas de rocío; yo tenía casi doce años, y desde el suelo podía tocar las frágiles ramas del árbol. Verte y morir: ¡qué extravío se apoderó de mí!

Ahora sé lo que es el amor: en duros escollos lo crían el Ródope o los garamantes, un niño que no es ni de nuestro linaje ni de nuestra sangre.

Ahora puede pasar de todo, que el arce florezca con narcisos, que los tamarindos exuden ámbar por su corteza, que los búhos compitan con los cisnes, y que Títilo sea un Orfeo, un Orfeo en las selvas, un Arión entre los delfines.

Que todo se haga mar: sed vosotras las que viváis, selvas, porque yo me voy a arrojar al mar desde la cima de un elevado monte. Quedaos con este postrer regalo de un moribundo.

Eneas, náufrago de la gran tempestad que ha tenido lugar cerca de Sicilia, y errabundo, llega a las costas africanas y, bajo la protección de su madre, Venus, aparece, sano y salvo, en la ciudad de Cartago, donde reina Didone, la mujer fenicia, hermana de Pigmalión. Por la noche, la reina, deseosa de agasajar a su distinguido huésped, organiza una gran cena, adonde acudirán tirios y troyanos. Acates, fiel servidor del héroe troyano, se encamina a las naves para recoger a Ascanio, hijo de Eneas, quien ha de estar presente en la cena también.

Venus, en cambio, tiene sus propios planes, a saber, cambiar a Ascanio por Cupido, quien irá en su lugar, portando regalos para la reina y para, de paso, inflamarle el corazón de amor por el futuro fundador de Roma (*Aen.* I 657 ss.). Así se lo comunica a su hijo (Cupido): mientras este célebre hijo de Venus suplanta a Julo Ascanio, a quien llevará dormido a Idalia para que no interfiera en sus planes, Cupido deberá adoptar la cara del hijo de Eneas durante una sola noche, a fin de que, cuando Didone le acoja, toda contenta, entre las mesas reales y el líquido embriagador de Lieo, en el momento en que le abraza y le dé dulces besos, le inspire una oculta pasión. Obediente, el Amor sigue las órdenes de su madre, se quita las alas, y comienza a caminar con los andares de Julo Ascanio, a quien Venus transporta, dormido, a los profundos bosques de Idalia, donde lo envuelve la blanda mejorana con su perfume y las dulces sombras (691-694).

Ha llegado la noche de la fiesta, y a ella acude todo el mundo: el falso Ascanio, Eneas y los troyanos, que toman asiento en estrados de púrpura. Ciento cincuenta sirvientas y cien camareros preparan las mesas y disponen la bebida. Entonces, llegan también los tirios, que toman asiento asimismo y admiran a Eneas y a su hijo Ascanio (Cupido, en realidad, no lo olvidemos). Pero es Didone, sobre todo,

condenada a una muerte inminente, quien no consigue saciar su alma y mirándole, se enardece, y le afectan tanto los regalos como el niño (...) El cual, tras besar a su padre, se dirige a Didone, quien no puede dejar de mirarlo, de ansiarlo y, sin saber a qué gran deidad está acariciando, lo detiene en su regazo (...) El pequeño dios, siguiendo los consejos de la madre, comienza a hacer olvidar a la reina el recuerdo de su anterior marido, Siqueo, y a conmover con un nuevo amor su alma, tiempo ha indiferente, y su corazón deshabitado (712-722).

Terminado el banquete y apartadas las mesas, empieza la bebida y el bullicio; de los artesonados cuelgan las antorchas, y la reina pide una copa para brindar. Dice así:

Oh Júpiter, que, según dicen, otorgas el derecho de hospitalidad, ojalá sea este día dichoso para los tirios y para quienes han salido de Troya, y que nuestros descendientes puedan recordarlo. Asístanos Baco, que dispensa la alegría, y la buena Juno. Vosotros, tirios, celebrad la fiesta con beneplácito (731-735).

A continuación, brindan los demás presentes.

Un aedo, Yopas, instruido por Atlas, alza su voz, que retumba en el artesonado de oro, cantando, curiosamente, asuntos de la naturaleza (astronómicos, zoológicos, climatológicos, etc.), mientras tirios y troyanos le aplauden a rabiar. Pero no sólo su actuación sirve para entretener la velada, porque también Didone mantiene una amena conversación “y bebía un largo amor, preguntando insistentemente sobre Príamo y sobre Héctor, y también cuáles eran las armas de Memnón, y cuáles los caballos de Diomedes, y qué corpulencia tenía Aquiles. ‘Bueno, pues venga, cuéntanos, amigo huésped, las insidias de los dánaos desde su mismo origen, así como tus avatares y vagabundeos, pues ya son siete los años que llevas dando vueltas por la tierra y por las olas’ ” (749-756). Y, bien a su pesar, (“un dolor inefable, reina, me mandas evocar”; II 3), Eneas comienza la narración, que se extenderá a lo largo de dos libros (II-III).

“La reina, por su parte, ya tocada por grave preocupación, alimenta una herida en sus venas y se desgarran en oculta pasión” (IV 1-2). Recuerda el valor y el rostro del héroe, y sus palabras, y no consigue conciliar el sueño. Al día siguiente de la fiesta, habla a su hermana, diciéndole que tiene pesadillas, que admira al recién llegado por su valor y hechos de armas, que probablemente es de raza divina; si no fuese porque aborrece el matrimonio desde la muerte de su esposo Siqueo, esta sería la única ocasión (lo que no ha sucedido con los demás pretendientes africanos) en que cedería a la tentación. “Porque, Ana, te lo voy a confesar: desde la muerte de Siqueo y la

destrucción de mi hogar a manos de nuestro hermano sólo Eneas me ha cambiado los sentimientos y ha disipado mis dudas. Reconozco las huellas de la antigua llama” (20-23). La reina, empero, se resiste a aceptar esta súbita pasión, y antes preferiría que un rayo la partiera en dos. “Siqueo, quien me unió a él por primera vez, se ha llevado mis amores: téngalos consigo y guárdelos en su sepultura” (28-29).

Acto seguido, Ana trata de convencer a su hermana: *a)* Didone no tiene por qué renunciar al amor ni a los hijos; *b)* bien está que rechace a los demás pretendientes, pero, ¿por qué a un amor que le agrada?; *c)* además, el reino de Cartago está rodeado de enemigos (getulos, númidas) y hace falta un hombre que lo defienda; *d)* los dos pueblos, tirios y troyanos, harán un imperio fuerte; *e)* por consiguiente, debe hacer sacrificios e inventar causas de demora mientras llega el buen tiempo para navegar.

Ambas hermanas realizan sacrificios a Ceres, Febo, Baco y Juno. La propia Didone escancia una pátera entre los cuernos de una vaca blanca, y examina las vísceras de las ovejas. Pero los vaticinios son vanos: “la llama devora sus blandas médulas y en su pecho vive una herida escondida” (66-67).

La desgraciada Didone vaga por la ciudad de Cartago enloquecida, invita a Eneas a contemplar la construcción de las murallas, se pone a hablar y de repente se corta; invita a Eneas de nuevo y otra vez le pregunta durante el banquete por las mismas cosas de Troya. Más tarde, cuando todo el mundo se va y la luna y las estrellas aconsejan conciliar el sueño, ella se queda triste y sola en la casa vacía, y se sienta en los sillones abandonados. Continúa viendo a Eneas ausente y a su hijo Ascanio, y acaba por abandonar las obras de la ciudad, la construcción de las torres, el puerto, la defensa de la urbe: allí se quedan interrumpidas las obras, los muros, y paradas las grúas, que amenazan al cielo.

Venus y Juno pactan el amor de Eneas y Didone (90-128). Tirios y troyanos salen de cacería, se desata una terrible tormenta y el héroe y la reina van a parar a la misma cueva, donde se consuma el amor (129-172).

La fama extiende la noticia por toda África: ha llegado un troyano, Eneas, al que Didone juzga digno de su amor; de momento pasan el invierno entregados a devaneos, víctimas de vergonzosa pasión, y olvidados de sus reinos. Esto es lo que llega a oídos del antiguo pretendiente de la reina, Iarbas, el cual, hijo como es de Júpiter Ammón, suplica a éste, recordándole cuánto ha hecho por Didone, quien a la postre rehúsa casarse con él y prefiere a Eneas, ese Paris que toma posesión de su hurto.

Júpiter envía a Mercurio para que movilice a Eneas. El dios mensajero recuerda al héroe que ha de gobernar Italia para sojuzgar el orbe entero; que si a él no le preocupa, que lo haga por su hijo Ascanio; así que nada de

quedarse en un pueblo enemigo; que lo que ha de hacer es echarse a navegar: simplemente eso (223-237). Una vez oída la embajada, Eneas se queda estupefacto, se le erizan los pelos de la cabeza y no le sale la voz de la garganta. Se pregunta qué ha de hacer ahora, es decir, cómo abordar a la reina, por dónde comenzar. Entonces, toma una decisión: envía a sus lugartenientes a preparar la flota en el puerto y él entretanto se apresta a hablar con la reina, quedando al acecho de la mejor ocasión para ello (279-295).

Pero a la reina no se le escapa lo que se está fraguando. “Incapaz de controlarse, se embravece y, encendida en pasión, se pone a deambular por toda la ciudad como una bacante” (300-303). Finalmente, habla a Eneas:

Incluso esperabas, traidor, ocultar crimen semejante y largarte de mis tierras a escondidas? ¿No te retiene nuestro amor, ni la mano que te di un día, ni Didone que va a morir de cruel muerte? (305-308) (...) ¿Huyes de mí? Por estas lágrimas mías, por nuestro matrimonio, si algo me merezco de tu parte, ten piedad de esta casa que se derrumba y, por favor, quítate esa idea de la cabeza. Por tu culpa me odian los libios y los tiranos nómadas, y me tienen ojeriza los tios; por tu culpa he perdido el pudor y mi antigua reputación. ¿Para quién me abandonas, condenada a morir, huésped mío (que de marido sólo este nombre me queda)? (314-324) (...) Si en mi palacio al menos jugase un Eneas pequeñito, que te recordara a ti en la cara, no me parecería que he sido engañada y abandonada por completo (328-330).

Eneas responde, tras pensárselo unos instantes, diciendo que no se iba a escondidas, que tiene que buscar Italia (donde está la patria troyana) por orden de Apolo, al igual que a ella la retiene Cartago; la sombra del viejo Anquises, su padre, y la presencia de Ascanio, llamado a reinar durante años en Italia, le recuerdan continuamente su deber; por último, el mensajero celestial le ha traído las órdenes de Júpiter:

yo mismo vi a la deidad, a la clara luz del día, entrando por las murallas, y con mis oídos capté su voz; deja de encenderme y de encenderte con tus quejas, que me voy a Italia contra mi voluntad (358-361).

Mientras tal dice ha tiempo que ella lo mira apartada de él, dirigiendo la mirada ora a un lado ora a otro, para hablar encendida de esta manera: “Ni tu divina madre ni Dárdano son los autores de tu linaje, traidor, sino que te engendró en sus duras breñas el horripilante Cáucaso, y tigras hircanas te acercaron sus ubres (...) En ninguna parte hay fidelidad: lo recogí tirado en la costa, sin recursos, y lo situé en mi reino, loca de mí; salvé de la muerte a la escuadra y a sus compañeros, y ahora Apolo y el mensajero de Júpiter traen por el aire sus horribles órdenes; esta es por lo visto la ocupación de los dioses (...) Ni te retengo

ni rebato tus palabras: vete, busca Italia con el viento, encamínate a tu reino a través del mar. Por mi parte, espero que, si algo pueden los dioses piadosos, sufras tu castigo en mitad de los escollos e invoques repetidas veces el nombre de Didone. Desde lejos te perseguiré con negros fuegos, y, cuando la fría muerte separe mi alma y mi cuerpo, mi sombra se te presentará en todas partes. Tendrás tu castigo, malvado. Y lo oiré, y la noticia del castigo llegará hasta mí en los manes profundos” (365-387).

Tras estas palabras, Didone huye y se mete en palacio, en cuyas salas se desmaya. Eneas ha querido responderle, pero no ha tenido tiempo; lamentándose, se dirige al puerto para atender a los preparativos de la navegación. Didone, al ver cómo se prepara la marcha, da gritos de dolor:

Malvado amor, ¿a qué no obligas a los corazones humanos? Obligada se ve a recaer en las lágrimas, a intentar otra vez las súplicas y con ellas sojuzgar su alma al amor, para no dejar nada sin probar, condenándose en vano a morir (412-415).

De este modo, la reina cartaginesa pide a su hermana que hable con Eneas y que le otorgue

esperar una huida cómoda y vientos favorables (...) Le pido un tiempo muerto, quietud e intervalo de mi locura, hasta que mi suerte me enseñe a sufrir derrotada. Este es el último favor que le pido (apíadate de tu hermana), que si me lo concede se lo devolveré con creces al morir (429-436).

Pero Eneas no cede “su decisión se mantiene inapelable y las lágrimas ruedan huera” (449). A partir de ese momento,

aterrorizada por los hados, Didone implora la muerte; se ha cansado de contemplar la bóveda del cielo, y además la animan a llevar a cabo su determinación algunos fenómenos, como el agua sagrada que se pone negra, el vino, que se convierte en sangre, las voces que escucha desde el templo de su marido, como si la estuviera llamando, el búho que chilla en el cumbrero y termina sus chillidos en un largo lamento. Asimismo, Eneas la espanta en sueños, y le parece que está siempre sola, que sola recorre el camino y busca a su pueblo (450-468).

Decidida, pues, a morir, Didone engaña a su hermana, diciéndole que le han hablado de una sacerdotisa, guardiana del templo de las Hespérides, que es capaz de librar las almas de sus tormentos, ya que en su poder está detener las corrientes de los ríos, invertir el giro de las estrellas y evocar las sombras

de los muertos. Para que esta sacerdotisa pueda ejercer su arte mágico es preciso levantar una pira en el patio del palacio y disponer en ella los objetos que Eneas ha abandonado al huir: armas y lecho conyugal, puesto que sólo así se podrá borrar el recuerdo de aquel hombre, según manifiesta la mujer (474-498).

En efecto, levantada la pira de pino y encina, Didone coloca sobre ella coronas fúnebres, la espada de Eneas y un retrato del mismo. La sacerdotisa invoca a los dioses del mundo subterráneo, Érebo, Caos y Hécate; también desparrama agua, supuestamente proveniente del lago Averno, y hierbas cortadas a la luz de la luna junto con negro veneno (504-521).

Y ya ha llegado la noche. Todos los seres de la Creación duermen plácidamente, excepto Didone, que no puede cerrar los ojos, agitada por las preocupaciones y por “una vasta marejada de cólera” (532). En su desesperación, se pregunta si debe regresar junto a sus antiguos pretendientes, los númidas, que tantas veces ha desdeñado, o acompañar a los troyanos en su huida por el mar, aunque no está segura de que la admitan a bordo; además, son un pueblo desleal: “¿yo sola voy a acompañar a unos marineros en fiesta?” (543). “Más bien, muere como te has merecido, y aleja la pena con la espada” (547). “No me ha sido factible vivir una vida sin tacha, ajena al matrimonio, al modo de una alimaña, ni sentir tales cuitas; no he mantenido la fidelidad prometida a la ceniza de Siqueo” (550-552).

Entretanto Eneas, tras descabezar un sueño y recibir una nueva visita de Mercurio, que de nuevo le insta a zarpar, dispone todo lo necesario para levar anclas: la escuadra zarpa al amanecer y el mar se cubre de barcos que se alejan (571-583).

Cuando Didone comprueba que Eneas y sus troyanos han zarpado ya, se golpea el pecho tres o cuatro veces con la mano y se arranca algunos de sus rubios cabellos, iniciando un largo monólogo, en el cual, al principio, pretende, en su delirio, que los tirios salgan en persecución de los fugitivos y les prendan fuego. Luego, recapacita y reconoce que la locura la está perturbando, mientras admite que las acciones impías debieron afectarle antes. Luego, irónicamente, invoca la fidelidad del hombre que transporta piadosamente los penates patrios y que ha llevado sobre sus espaldas a su anciano padre:

¿No habría podido desgarrar su cuerpo y desparramarlo en el mar? ¿No habría podido sacrificar a su hijo Ascanio y servírselo a su padre en la mesa? (...) Ojalá hubiera incendiado el campamento... Si es menester que su maldita cabeza llegue a puerto, si así lo exige la voluntad de Júpiter, por lo menos que ocurra viéndose acosado por las armas de un pueblo valiente, desterrado, arrancado del abrazo de su hijo, y que de este modo implore socorro y contemple las muertes indignas

de los suyos; que no goce de su reino ni de la ansiada luz, sino que caiga antes de tiempo y quede sin enterrar en medio de la arena. (...) Que no haya amistad entre tirtos y troyanos, que surja de nuestros huesos algún vengador para perseguir a fuego y hierro a los colonos dardanos; que se enfrenten costas con costas, olas con olas; que luchen ellos y sus nietos (600-629).

Luego, nerviosa y febril, pálida por la inminente muerte, asciende a la alta pira y desenvaina la espada del dárdano. Se deja caer en el lecho, derrama lágrimas y dice sus últimas palabras:

Dulces despojos, recibid mi alma u libradme de estas preocupaciones. Ya he vivido, recorriendo el plazo que la suerte me ha concedido; ahora, bajo tierra marchará un simulacro mío. He establecido una ciudad preclara, he visto mis murallas (...), feliz, demasiado feliz, sólo conquie las naves dardanas no hubiesen tocado jamás mis costas (651-657).

Que observe este fuego desde alta mar el cruel dardanio y porte consigo el ominoso augurio de mi muerte (661-662).

Didone se suicida, pues, arrojándose sobre la espada de Eneas; las esclavas divisan su cuerpo y alzan el griterío; la noticia se extiende por toda Cartago. Ana, su hermana, se entera también, y acude, arañándose la cara y golpeándose el pecho. Invoca a su hermana moribunda, a la que reprocha haberla engañado. Al final, pide lavar su cuerpo: “Vamos, dadme agua para lavar sus heridas, y si aún queda un postrer aliento quiero captarlo con mi boca” (683-685). Tras hablar así, asciende a lo alto de la pira y, llorando, abraza a la hermana, y le limpia con su vestido la sangre negra. Didone intenta levantar los ojos, pero desfallece; un estertor de agonía brota de la herida en su pecho; tres veces intenta levantarse y tres veces cae desmadejada sobre la cama, y con la mirada errante busca en el alto cielo la luz, y, al encontrarla, se le escapa un gemido.

Didone ha muerto. Su alma ha descendido al mundo subterráneo, y allí ha ido a parar a la Llanura de los Dolientes (VI 441), que así se llama el lugar adonde van quienes el amor devora con su cruel ponzoña; senderos ocultos y una selva de arrayanes los mantiene apartados a la vista de los demás. Pero las cuitas de amor no les abandonan ni siquiera en la muerte misma. Allí se encuentran Fedra, Erifile, Evadne, Pasífae, Laodamía; por allí vaga también Didone con su reciente herida.

Eneas, que deambula por ese mundo en compañía de su padre, Anquises, la divisa de pronto, aunque sin reconocerla a ciencia cierta al principio (como la luna que aparece entre las nubes). Pero la reconoce. ¿Qué hará el héroe

troyano, que se ha marchado a traición de su lado? Por de pronto, derramar lágrimas; tres veces llora Eneas (455; 468; 476) al ver a la mujer a la que ha amado y que se ha enfrentado a todo en la vida por su amor; que se ha suicidado al saberse abandonada. Dice Eneas a Didone:

Desgraciada Didone, ¿así que era verdad la noticia que me llegó de que habías muerto y te habías suicidado con mi espada? ¿Yo fui la razón de tu muerte? Te juro por las estrellas, por los dioses del cielo y por la fidelidad, si alguna hay en el mundo de abajo, que me marché de tus costas, reina, contra mi voluntad. Pero son órdenes divinas... Tampoco pude creer que te traería tan gran sufrimiento con mi marcha. Detente y no te sustraigas a mi mirada. ¿De quién huyes? Esto es lo último que puedo hablarte, de acuerdo con el destino (456-466).

Con estas palabras trataba el troyano de calmar a aquella mujer enardecida y de torva mira. Pero ella vuelta de espaldas, mantenía los ojos clavados en el suelo, sin dejarse conmover por las palabras del héroe más que el sílice o la roca. A la postre, se quitó de en medio, escapando con ademán hostil al bosque sombreado, donde ha vuelto a reunirse con su antiguo esposo, Siqueo.

En un artículo publicado con anterioridad (Segura, 2002: 43-56), que trataba del amor en general en Virgilio, escribía en su última página (56) a propósito de este último encuentro entre Didone y Eneas:

Esta es sin duda una de las escenas más tristes de la literatura amorosa de todos los tiempos. ¿Qué tristeza es ésta y por qué se provoca semejante tristeza límite? Obviamente, porque se trata de una tristeza por la enamorada, así como de una tristeza por nosotros mismos. Es la tristeza (tristeza y desesperanza), en una escena localizada en el más allá (el infierno), que simboliza la muerte del amor, pues mientras el amor vive hay reproches y súplicas, amenazas, mas *cuando el amor muere, sólo queda el silencio*.

Pues bien, querido ahora para tratar un asunto como el amor, la muerte y el silencio, digamos, se me ha ocurrido desarrollar la relación amorosa de Eneas y Didone, y ampliar el registro ilustrativo con un par de ejemplos más breves y sencillos, de modo que quedase patente dicho asunto de suicidio y silencio sin salirnos de la obra de Virgilio.

El primer ejemplo que elijo es el de Mecencio y su hijo Lauso. Como se ve, en este caso se trata de un amor paterno, pero, ¿qué amor más grande que ése existe? La ternura del amor paterno en este caso contrasta y alcanza gran relieve por cuanto el protagonista del amor, Mecencio, es un viejo tirano

etrusco, odiado por su pueblo y desterrado, que se alía con Turno y sus rútilos para combatir al invasor troyano. Como él mismo dice, no teme a la muerte y desprecia a los dioses (X 880), y sus crímenes han sido incontables (851-852). Herido en el campo de batalla por Eneas, se salva de la muerte gracias a la intervención de su hijo Lauso, que le acompaña en el destierro y en la pelea. Pero es que, como preparación de la manifestación de su amor por Lauso, el poeta nos ofrece aquella escena en la que Mecencio interpela a su caballo, Rebo, con el que ha entrado en todos los combates. Y al caballo le deja todo claro: él, el tirano, ha escapado vivo y descansa, pero sabe que su hijo queda peleando en el campo de batalla; de repente, unos gritos lo ponen sobre aviso; su corazón le dice que ha sido Lauso, su hijo, el que ha caído en el combate. Entonces, ya no le queda otra alternativa al viejo tirano sino la de salir al encuentro del matador de su hijo y vencerlo o morir a sus manos.

Y así ocurre, en efecto: Mecencio acude a la cita mortal con Eneas como el que decide suicidarse. Si antes, con sus fuerzas intactas, no ha podido con el dárdano; ¿cómo podrá ahora, herido seriamente y renqueante? Sólo el amor a Lauso podrá vencer al tesonero tirano; sólo la llamada de aquel amor insuperable podrá llevarle a la muerte; sólo de ese modo, mediante la muerte de su hijo, podrán atraparlo y acabar con él. Mecencio lo sabe, su enfrentamiento con Eneas equivale a un suicidio, un suicidio inevitable y necesario, en honor de su hijo, en busca de su hijo, en cuya tumba ruega (es su única súplica) ser enterrado. Ante amor tan grande (correspondido por su hijo, que ha perdido la vida por el padre y su amor al mismo) sólo cabe la muerte (el suicidio), y, después, el silencio.

Por su parte, Damón cuenta una historia de amor contrariado, en la cual el protagonista, que ama a la mujer desde la infancia, ha decidido poner fin a su vida, dado que aquélla lo ha abandonado y va a contraer matrimonio con otro (Mopso). El pobre cuitado canta a los montes, ironiza invocando a su esposa, y en contraste con la ironía evoca los días de la infancia cuando la conoció en un jardín cogiendo manzanas cubiertas de rocío: a partir de ese día se enamoró de ella y ese extravío amoroso lo perdió para siempre. Pero ocurren cosas inesperadas: ella le abandona ahora por otro, y es que el amor es duro y cruel, y, así, pueden darse todos los *adýnata* del mundo. Por tanto, el enamorado está dispuesto a morir por ese amor imposible, y en efecto se va a arrojar desde lo alto de un monte a las olas del mar: el pobre hombre canta el canto del cisne de su amor con la firme decisión de suicidarse por amor. Primero, los gritos desgarrados de un amor traicionado, el murmullo de las olas del mar y el lenguaje de los pinos del Ménalo; luego, tras la plegaria baldía, el salto mortal al vacío, a las profundidades marinas; y, por último, el silencio.

La historia del amor de Didone, la reina cartaginesa y Eneas, está narrada por extenso en la Eneida, y se extiende a lo largo de tres libros. Es lo que podríamos llamar prólogo (libro I); desarrollo o desenlace (libro IV); y epílogo (libro VI). Hemos visto cómo la reina cartaginesa cae en una pasión urdida por Venus y Juno, así como igualmente su muerte viene provocada también por la decisión de otras dos deidades, el todopoderoso Júpiter, en este caso, por un lado, y el augur Apolo, por el otro.

Asistimos pues a su enamoramiento, primero; luego, a su férrea lucha por no caer en un amor que se le antoja un sacrilegio (libro IV); a los consejos de una hermana que le ayudan a vencer sus escrúpulos; la caída en la pasión y la noticia de ese amor pecaminoso que se extiende por toda África. Observemos además cómo es casi una casualidad que esta pasión amorosa se rompa, porque gracias a que Iarbas, ese hijo divino de Júpiter, acude al padre para quejarse de Didone, es por lo que el dios supremo “cae en la cuenta” de que debe azuzar a Eneas para que prosiga su marcha a la tierra prometida. Por tanto, en el plano humano, es como una venganza del viejo enamorado no correspondido. Didone, en todo caso, lucha desesperadamente, por convencer a Eneas: al igual que ella ha renunciado a todo, se ha jugado su pudor, se ha ganado la inquina y el odio de los suyos, también Eneas debería renunciar por su parte a cuanto sea preciso y conservar el amor hacia ella. Pero los dioses son de otro parecer, y Eneas, aunque no lo desea, sigue el mandato de aquellos, y abandona a la mujer que ha confiado plenamente en él. Convencida Didone de que la marcha de Eneas es inevitable, enloquece y pierde el control, vagando aturdida por la ciudad, aterrorizada por la noche con horribles pesadillas. Pese a todo, pese a su propio orgullo, se rebaja a pedir a su hermana que una vez más acuda a presencia de Eneas y trate al menos de retenerlo durante algún tiempo más. Pero el héroe ya ha tomado la decisión: las naves van a partir al día siguiente. Didone, entonces se prepara a morir. Engañando a su hermana, manda construir una pira, trae a la sacerdotisa de las Hespérides, hace subir a dicha pira los objetos dejados por Eneas y el lecho “donde me perdí” (497) y al amanecer, cuando la flota comienza a alejarse, la reina cartaginesa se suicida.

Despechada, llena de odio y de rencor, desea que el amante se lleve la horrible imagen de aquella escena de muerte. Pero Eneas no verá nada, sólo más tarde se enterará de que ella había muerto, aunque él no se consideraba el culpable. Eso es lo que le dice a Didone cuando la encuentra en el otro mundo (libro VI). Y hay que hacer notar dos cosas: *a*) que la reina escucha a Eneas (por lo tanto, no sale corriendo hasta haber escuchado lo que su antiguo amante le dice), y *b*) que, como es de esperar de un amor tan grande y de los naturales deseos de venganza, Didone no tiene nada que responder a Eneas y huye al bosque donde la espera su antiguo marido, Siqueo, sin decir

una palabra. Pues, en efecto, ¿qué podía decir la pobre Didone, una vez que el amor, su amor, había muerto para siempre? Nada, absolutamente nada: porque *cuando muere el amor, sólo queda el silencio*.

BIBLIOGRAFÍA

Segura, B. (2002). “Virgilio. El amor del poeta”, *Epos XVIII*: 43-56.